

ALBUM DE SEÑORITAS

Y CORREO DE LA MODA.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

INSTRUCCION.

HISTORIA DE LA MUJER.

Cada siglo tiene sus usos, sus costumbres, sus aspiraciones; y á los arrebatos belicosos del siglo XVI sucedieron los pensamientos pacíficos del siglo XVII. Lo que el régio vencedor en Africa é Italia hizo con la espada, quiso hacerlo con la pluma el fundador del Escorial.

La juventud entonces descuidó las campañas por cuidarse de los galanteos, y aunque éstos solian ser siempre objeto de pendencias y de duelos, pues no desaparecia tan fácilmente aquel sentimiento belicoso que animaba á los caballeros; se batian solo por vengar una ofensa hecha á su honor ó al de su dama.

Las empresas amorosas formaban la ocupacion de los jóvenes, y en verdad que daban mucho qué pensar á los que las acometian.

Aquellas costumbres tan religiosamente severas, aquel recato que guardaban las damas, casi siempre tapadas, siempre escondidas y guardadas, hacian

empresa difícil el hablarlas, y el que no se hallaba con las circunstancias necesarias para presentarse delante de los padres á pedir desde luego la mano del objeto de su amor, invertia meses y años suspirando, sin ser oido, ante las celosias de su amada, que alguna vez le solia ver en su constante centinela,

«Camaleones de esquina
beberse por mí los vientos.»

Pero afortunadamente no faltaban criadas atrevidas, dueñas complacientes, y Celestinas osadas, que burlando la vigilancia de los Argos, permitian se comprendieran aquellos dos corazones destinados á amarse, y despues de mil suspiros, acaso duelos y desgracias, abria el severo padre los brazos al que cerró la puerta.

Este es el asunto de la mayor parte de las comedias de nuestros inmortales clásicos, de los cuales copiaríamos gustosos algunos versos que pusieran en relieve nuestro objeto, si la estension de este artículo nos lo permitiera; pero léase cualquiera comedia del fecundo Lope, del brillante Moreto, del galano Calderon, y en ellas veremos retratada la mujer de

aquellos tiempos , con su virtud , que no olvidaba en sus pasiones , que no desatendia aunque faltase alguna vez al recato que la sociedad le imponia.

Quien cierra la ventana al amor abre la puerta á la deshonra , dirán algunos; pero cuando eran las mujeres tan religiosamente virtuosas , y los hombres tan noblemente caballeros , no se podian profanar aquellas afecciones purísimas , celestiales.

Así vemos que ahogaban las damas su amor por obedecer , no ya los preceptos de un padre , sino hasta las ridiculas exigencias de un tutor avaro que , codiciaba el cariño y la hacienda de su pupila.

Si entonces no era la mujer el encanto de la sociedad , porque no la formaba , era el encanto de la vida. El galan lo dejaba todo por rondar la calle de su amada , por cantarla una endecha sino la hablaba , y la mujer compartia con los cuidados domésticos el constante pensamiento en su amado , siempre tan sumiso , tan noble , tan amante , tan caballero.

Entonces se deslizaba la vida como la brisa entre las flores , alimentándose con su purísimo perfume. Entonces , se deseaba vivir , porque la vida era la dicha; porque no la emponzoñaban esas ilusiones perdidas , esos encontrados desengaños de los que no tienen ilusiones , sino delirios , de los que no adquieren desengaños , sino la conviccion tardía de su nécia vanidad.

A. Pirala.

LITERATURA.

LAS ILUSIONES.

Fresca , orgullosa , lozana ,
Brotó la preciosa rosa ;
Blanda la brisa reposa
Sobre su boton de grana.
Pura nace la mañana,
Y todo placer respira;
De amor el mundo suspira,
Y con la luz que atesora
Muelle acaricia la aurora
La mágica flor que admira.

Mas llega la noche aleve,
Y del sol la opaca huella
La fiel vespertina estrella
Sigue cual ráfaga leve.
Nada ya á brillar se atreve,
Todo humillado se inclina ,
Presintiendo su ruina;
La implacable noche , en tanto,
Estiende el lóbrego manto
Y tiránica domina.

¡ Y la flor que desplegaba
En sus matices tan vivos,
Los brillantes atractivos
Que , nécia , eternos juzgaba:
La que con desden miraba
Las menos altivas flores,
Su fragancia y sus colores
Consiguió salvar ilesa,
O los llora triste presa
De la noche y sus rigores?

Escuchad la triste historia:
¡ Es la historia del orgullo!
¡ Pudo ostentar su capullo,
No asegurar su memoria!
Nada resta de su gloria:
Robada fué á los pensiles

Con sus encantos gentiles;
Ved! Sobre aquella corola,
Del placer leve aureola,
Se afanan insectos viles.

En el eden de la vida
Hay tambien rosas lozanas;
Hay magnificas mañanas
De hermosura sin medida.
Todo en ellas nos convida
A las dulces ilusiones;
Mas, tambien negros crespones
Suspenden noches sombrías;
Tambien tras serenos dias
Truenan rudos aquilones.

Apenas tímidas crecen,
Apenas audaces brillan,
Las ilusiones se humillan
Al céfiro en que se mecen.
Nuevas rosas aparecen
Mal domado el huracan;
No con imprudente afan
Ilusiones deliciosas
Halagueis: ¡fugaces rosas
Que en cieno se trocarán!

M. M. FLAMANT.

EL AUTÓMATA.

NOVELA.

Por Doña Ecolustiana Amiño.

(Continuacion.)

El gobierno del Ducado, como hemos dicho, estaba confiado á la sábia direccion del Regente, tio de Batilde, y este caballero, probo, justo é ilustrado, era el que acababa de presentarse de improviso en la habitacion de la princesa, acompañado de un pajecillo, al que su malicia y su viva imaginacion habian hecho adquirir el apodo de Sapajou ⁽¹⁾.

(1) Sapajou: mono.

Batilde sorprendida se detuvo.

—Continuad, querida, le dijo el Regente con bondad, ¿al fin el viejo consintió en venderos la muñeca?

El principe, que paseando por la galería habia oido por casualidad las primeras palabras de aquel sueño singular, entró en deseos de saber el resto.

Batilde continuó, aunque algo cortada.

—«El viejo preguntó á la muñeca si queria entrar á servirme, y la misma muñeca respondió con voz clara y vibrante: Si, amo mio: maravillada por ese nuevo talento me apresuré á preguntar el precio, y la misma muñeca me respondió con voz clara y firme:

—Valgo diez mil rixdales ⁽¹⁾.

—Carísimo! exclamó el Regente.

—Pues bien, tio mio, en mi sueño no eras tan económico, y ya te disponias á comprarme la muñeca cuando por desgracia me desperté.

—Vamos, vamos! replicó el principe, es decir que en los sueños tengo los mismos defectos que en la vida real, y que soy siempre demasiado bueno é indulgente con tus caprichos.

—Sí, tio mio, y sé muy bien que si se presentase una ocasion semejante, no desmentiriais mi sueño, no es verdad?

—Perníteme que no te responda, porque no quiero dejarme prender tan pronto... la ocasion se presentaria tal vez, y...

—¡Cómo! ¿seria posible realizar semejante maravilla? exclamó Batilde con los ojos brillantes de gozo y de esperanza.

—Ciertamente que sí! ¿nunca has oido hablar de los autómatas de Juan Muller, conocido en el siglo XV con el nombre de Rejomontanus; de los del célebre Vaucanson, y de tantos otros?

(1) Moneda de plata que vale unos diez reales.

—Pero tío, una muñeca que habla!

—Sí, sí, el baron de Kenpelen ha realizado ese problema, construyendo un autómata que pronuncia algunas frases, y otro que juega al ajedrez.

—Y pensar, replicó Batilde con amargura, qué no ha de haber en todó mi Ducado un hombre capaz de ejecutar una de esas obras maestras!

—Si V. A. me lo permite, dijo atrevidamente Sapajou, yo le indicaré uno capaz de verificar ese milagro.

—Corriente, respondió el Duque sonriendo con incredulidad; si le conoces y quiere encargarse de semejante obra, siempre que consiga ponerlo en ejecución, seré tan generoso como lo ha soñado mi sobrina, y daré por la muñeca los diez mil rixdales.

—Sapajou! Sapajou! exclamó la duquesita frotándose las manos con alegría, dile á ese hombre que se presente mañana en mi palacio... quiero verle... quiero escucharle...

—Esta noche pasaré á comunicarle vuestras órdenes.

El Regente salió despues de haber abrazado tiernamente á su sobriñita. En cuanto á la duquesa, el gozo la ahogaba, la mareaba, y no pudo pensar en otra cosa durante todo el dia.

II.

Maese Guillermo Koerner, ó el viejecito de la peluca.

Recorramos si gustais las calles de la ciudad donde reina Batilde. El sol acaba apenas de retirarse, y ya los pacíficos y sencillos habitantes se preparan á imitarle; los comerciantes cenan delante de la puerta de la tienda, sus hijos corren en derredor, aprovechando la última hora del dia, y nosotros que no tenemos tiempo para detenernos á

vaguear, será preciso que apretemos el paso, si hemos de encontrar abierta la tienda de Maese Guillermo Koerner.

La muestra gigante que se ostenta sobre la puerta de una tiendecita sombría y ahumada, nos demuestra bien á las claras que Maese Guillermo Koerner es un relojero, pero su tienda tiene sin embargo un aspecto de los mas miserables.

Todo el surtido se compone de cinco ó seis relojes, de los que solo se usan entre los paisanos, y á los que dan en Francia el nombre de Cudillos, y si colgaban de vez en cuando dos ó tres muestras por detrás de los empañados cristales, era porque se las habian confiado para componerlas.

Aunque como hemos dicho, la tienda respira por todas partes la escasez de posicion, ninguno la adivinaria en los semblantes de Maese Guillermo, ni de su hija Lisbeth, que están cenando con la tranquilidad de aquel á quien nada importa el pasado, el presente y el porvenir. La vida de estos dos personajes es pobre y metódica como los relojes; las composturas y los abonos de algunos ricos, cuyos relojes arregla Guillermo semanalmente, cubren apenas las necesidades, que comprendemos bajo el nombre del pan de cada dia; con la módica renta que les produce una pequeña suma que Lisbeth heredó de uno de sus parientes, se visten y pagan el alquiler de la casa, y hé aquí lo que ellos llaman estar á cubierto de la necesidad; en cuanto á sus placeres, se reducen á tener por amigos algunos vecinos honrados y alegres, con quienes hablan y juegan casi todos los dias.

—Buenas tardes, Maese Guillermo. Cómo vá? dijo Sapajou entrando de repente en la tiendecita y tomando sin ceremonia algunas frutas; y tú, pequeñita, también estás tan famosa?

—Ah! eres tú, querido? respondió ale-

grememente el relojero; pero dime, ¿á qué debemos la dicha de verte por aquí tan tarde?

—Vengo á ver, respondió á su vez Sapajou, si estais de humor de ganar diez mil rixdales.

—Bah! exclamó Maese Guillermo sonriéndose con incredulidad, ¿acaso están descompuestos á la vez todos los relojes de Alemania? Pues amigo, mis piernas están ya muy flojas para emprender semejante jornada: ademas, que si así fuese, pobres diablos como yo, dónde quiera se encuentran, y no es regular que me llevára yo solo la ganancia.

—No creais que es broma, dijo Sapajou con una importancia cómica: ¿quereis ganar los diez mil rixdales? Pues en ese caso no teneis que hacer mas sino poner os mañana los calzones de seda negra y la mejor peluca, y eucaminaros á palacio, donde os aguardan la gran Duquesa y el Principe-regente... id sin temor, pues ya estais anunciado.

—Pero es un imposible, Sapajou, dijo sonriendo Lisbeth, que al oír hablar de palacio, abria mas y mas sus espléndidos ojos negros.

En cuanto á su padre, el tono sério con que acababa de hablar el pajecillo, le habia hecho meterse en reflexiones, que al parecer le impresionaban demasiado, porque ni su semblante apacible, ni las miradas distraídas que echaba hácia la calle, bastaban á ocultar su inquietud; miraba maquinalmente á todas partes; temia al parecer las esplicaciones de Sapajou. Su color naturalmente subido, habia tomado un tinte mas pálido, y su pierna derecha, cruzada por costumbre sobre la izquierda, temblaba ligeramente.

Sapajou no se hizo de rogar por mas tiempo, y se puso á contar detalladamente el sueño maravilloso de la princesa, y el feliz resultado que habia tenido; pero durante la

narracion, Maese Guillermo ni respondió una palabra, ni cambió de postura; su frente se oscureció mas y mas, y sus ojos vinieron á fijarse sobre el pajecillo con una exaltacion creciente.

—En fin, añadió Sapajou sin apercibirse de aquella turbacion, como habia oido decir muchas veces á mi padre, que en otros tiempos habiáis hecho maravillas en la mecánica, os he propuesto al Principe, que como os he dicho, os aguarda mañana en su palacio.

(Se continuará.)

DIARIO DE UNA RECIEEN CASADA.

(Conclusion.)

20 de diciembre.

Tengo diez y nueve años, soy bastante bella, y estoy locamente enamorada de mi marido; pero él me trata con igual indiferencia que si fuese vieja y horriblemente fea.

Este es un enigma que no puedo descifrar.

21 de diciembre.

He descubierto el enigma! Buscando hoy en el despacho de Enrique algunos pliegos de papel para continuar mi diario, he tocado casualmente un resorte de su pupitre y se ha abierto un cajon, cuya existencia ignoraba: estaba lleno de cartas perfumadas, que en un principio creí serian las mias de cuando novia; ¡pero qué desengaño se ofrece á mi vista! Ninguna de ellas es mia; cada una es un episodio de la vida de soltero de Enrique, una verdadera historia amorosa. ¡Será posible, gran Dios, que el villano se atreva á guardar esto! ¡Oh, qué leccion tan oportuna!

22 de diciembre.

—Irá Vd. al baile esta noche? Me pregunta Julia.

—Al baile! no estando Enrique? Tú has perdido la cabeza.

—Perdone Vd., señora; como han traído un hermoso ramo... creía qué...

—Un ramo? para quién?

—Para Vd.

—Para mí? quién lo envía?

—No lo sé; han llamado á la puerta; José abrió, y se lo han entregado, diciendo: *Para la señora.*

—Cosa estraña! A ver, tráele.

Julia salió y trajo un hermoso ramo de camelias blancas y violetas.

—Tengo un presentimiento, señora, de que estas flores son un obsequio de D. Adolfo, que dicen que está muerto de amores por Vd., y la sigue á todas partes.

—Calla, nécia: déjame.

¿Pero dónde habrá soñado Julia la tontería que me cuenta de ese misterioso amante, cuyo nombre he oido citar con ironía á mi suegra, y con malicia á mi prima Amalia? Es muy chistoso tener un adorador á quien no conozco; si será otro caballero de la Casa-Roja. Pero yo no me llamo María Antonieta, ni soy reina de Francia.

¿Deberé volver el ramo? pero á quién? Veamos si trae tarjeta entre las flores... acaso algun billete amoroso...

He mirado una por una todas las flores; pero no hay nada: es singular el tal don Adolfo, y admiraría su aplomo si no me sorprendiera su osadía. Me gusta el ramo..... Pero y si viene? serán acaso estas flores para anunciarse? Debo recibirle? No; sería una imprudencia. Sin embargo, no vaya á creer que le tengo miedo y desconfío de mi misma! Son tan presuntuosos los hombres!

Si se presenta, lo mejor será recibirle;

yo le haré comprender lo impropio é inconveniente de su conducta, y cuando le vea confundido, avergonzado, y convencido de la enorme falta que comete; entonces, pero solamente entonces, le dirigiré algunas frases de bondad y de compasion y le permitiré aspirar á mi amistad, para mas adelante. Creo que esto es todo lo que él debe ambicionar, y todo lo que yo puedo ofrecerle.

Pero Julia no vuelve y aun estoy en traje de mañana, voy al tocador por si acaso...

El mismo dia á las dos de la tarde.

Julia me anuncia la visita de un caballero á quien no conoce, y que no ha querido decir su nombre. ¿Será el señor don Adolfo? qué presentimiento! Me amará efectivamente como dice Julia? Tiemblo... pero no; armémonos de valor: debo aparecer tranquila...

Al abrir la puerta del salon me encontré frente á frente con un hombre ni jóven ni viejo, ni alto ni bajo, entre gordo y flaco, y no sé si bonito ó feo; me saludó algo cortado, y le indiqué tomara asiento, colocándome yo en la parte opuesta de la chimenea.

—Señora, vengo á reclamar el ramo, dijo balbuceando.

—Qué ramo? contesté con voz trémula.

—Señora, continuó, ha sido una equivocacion.

—Una equivocacion?...

—He mandado un ramo... un obsequio á mi esposa... he dado las señas al cuarto tercero, y ahora he sabido que el portero le ha dejado en el principal, y vengo...

Desaparecieron mis sueños: he devuelto el ramo de camelias... ¡y yo qué acusaba al bueno de D. Adolfo, que probablemente ni siquiera se acordará de mí!

23 de diciembre.

Hoy á venido á verme mi prima Amalia. Despues de abrazarme me dijo:

—Pensaba causarte una sorpresa. Me habia comprometido á presentarte á tu adorador D. Adolfo.

—Estás loca, le contesté, en ausencia de Enrique.

—Calla, tonta, hubiéramos pasado un buen rato. Pero el pobrecillo ha enviado á decirme que está en cama con su ataque de gota.

—Gota un jóven.

—¿Cómo jóven? ¿pues qué no le conoces? Y es nuestra diversion con la pasion que te profesa. Don Adolfo tiene sesenta años, aunque con pretensiones de veinte y cinco.

Me mordí los lábios, no sé si de risa, ó de rubor al oír semejante declaracion. ¡Sesenta años! gota, reuma, y llamarse Adolfo. ¡Oh, á los treinta y cinco años todos los hombres debieran cambiar de nombre.

24 de diciembre.

Ayer llegó Enrique á Madrid.

Me pidió mi diario para leerle, y contesté que Julia lo habia empleado en hacerse pillotes.

Confieso que estaba loca: Enrique aun me ama, y mas apasionadamente que nunca.

Dios mio! cuán pronto nos hace callar una caricia del objeto amado.

Sin embargo, como puede suceder que Enrique no siempre esté tan persuasivo, y yo deje de ser tan crédula, y que en ausencia suya podamos ambos hallar ocasiones que aventuren nuestra tranquilidad, he resuelto que en lo sucesivo seguiré á mi marido en todos sus viajes, aunque vaya al fin del mundo... Dice el refran: *El mejor modo de evitar el peligro es precaverlo, y la ocasion hace al ladron.*

Ved aquí, lectoras mias, toda la moral que encierra mi diario.

TEATROS.

Ninguna novedad han ofrecido, y nada podemos decir á nuestras lectoras en este punto.

El régio coliseo se vé favorecido este año por la concurrencia mas brillante que puede asistir á un teatro. El pueblo de Madrid ha vuelto por su honra, y hace justicia á las sublimes creaciones de Verdi, al mérito de sus dignisimos intérpretes, á los esfuerzos del distinguido empresario, que, sin desanimarse por la frialdad con que fueron acogidos en la temporada última, ha acabado por obligarle. Verdad es que nada hay mas dramático que *Rigoletto*, cada vez mejor representado; nada tan trágico como la Gazzaniga en *Luisa Miller*. Es tan dulce y tan enérgica la música de aquella ópera, espresa tan bien sus situaciones, que nadie puede oirla con indiferencia, todos se interesan en esa sublime tragedia, todos gustan de su simpática armonía. El furor de *Rigoletto* y su cariño, la alegría que aparenta en presencia de los raptos de su hija, su juramento enérgico de venganza, su asombro cuando yendo á desgarrar el saco que debia contener el cadáver del Duque, cuya muerte habia pagado al bandido, y á recrearse contemplándole, le oye la cancion simpática de *La donna é mobile*, y su desesperacion al asegurarse de que es su hija la que ha ocupado generosa el puesto de aquel, no son para descritos, ni la ternura de ésta. ¿Y el acento y la pasion de Gazzaniga cuando revela al amante que la desdeña por otra, y la envenena, que ha escrito cediendo á la violencia y por salvar á su padre? El teatro entonces se levanta, y proclama, como Italia, que nadie merece como esa mujer sensible el nombre de la Raquel lirica. Malvezzi, por fin, raya tan alto en la *Luisa*, que no parece el tenor de otras óperas.

Algo ha ganado el libretto de *La Cister-*

na encantada con su reforma, pero aun queda inconveniente para la escena, y lo quedaria siempre, á no trocar el argumento. Cierto que fuese, no estaria bien desprestigiar la autoridad soberana presentando á un Monarca descendiendo de tan alto á una orgia, proclamando con sus cortesanos la inmoralidad, siendo éstos instrumento de una seducción que nunca debe ponerse en escena. Por lo demas, no decae el interés de *La Cisterna*, y es admirable su enredo; ni una palabra huelga.

El *Príncipe*, como siempre, dando realce á cuanto ejecuta. *La escuela de los maridos* jamas ha tenido tan dignos actores, ni cabe conmovier mas en *La Alquería de Bretaña*.

Sucesivas numerosas entradas en *Lope de Vega* han justificado el concepto que formamos de *Mujer y Madre*; y el celo, y el aparato con que en la *Cruz* se ha ofrecido *La Abadía de Castro*, y se presenta *La Choza de Tom*, atrae no escaso concurso, de que tambien es objeto por iguales circunstancias, y por la economía de ambos teatros, el de *Varietades*.

MODAS.

Antiguamente la *Fiesta de Todos los Santos* señalaba la entrada solemne y definitiva del invierno. El toque de Animas anunciaba el luto de la humanidad, al mismo tiempo que el de la naturaleza.

La escarcha suspendia su blanco cortinaje y sus festones de hielo sobre el esqueleto de la naturaleza adormecida, y una atmósfera cubierta y fria se desenvolvía como un lúgubre sudario sobre nuestras cabezas.

Hoy los tiempos están muy mudados. El otoño ha venido acompañado de un diluvio frio y malsano, que ha llevado de casa en casa el duelo y la desolacion. Ahora al contrario, aunque la temperatura es fria, el tiempo es magnífico: la pureza del cielo, y el sol radiante que le ilumina, convida á la animada poblacion á esparcirse por los cam-

pos y paseos, ostentando el mayor lujo y alegría.

Convengamos, pues, en que las estaciones están incomprendibles, y que no hay que fiarse en la lógica de los astrós. Aquí para entre nosotras, lectoras amables, y digámoslo en voz baja, porque las grandes verdades no pueden decirse á voces, lo mas constante que hay en este mundo es... la Moda.

Ella resucita piadosamente cada año mas de una graciosa coquetería. Los siglos son para ella un grande vestuario, en donde están almacenadas todas las riquezas, y tambien todas las escentricidades de nuestras abuelas. La Moda da cada año la vuelta al rededor de este espléndido museo, descolgando el traje y los adornos de hoy, y colgando en su lugar el de ayer para esperar á que le toque la vez de volver á entrar en juego.

Asi hemos llegado á las mangas á la Valliere, á las mangas á lo Enrique III, á las mangas Trouveres. Los cuerpos con aldetas han reemplazado á los del tiempo de Luis XV.

El corte de abrigos mas á la orden del dia es la *pelisse*, aunque mas general el talma ó rotonda.

Citarémos, sin embargo, como de gran novedad un sobretodo de terciopelo con adornos de blonda y de piel de cisue. Este abrigo tiene el corte de una manteleta de mucho vuelo, lisa sobre los hombros, recta por delante, y formando por detrás una ancha rotonda, sesgada por los lados. El cuello y los hombros van guarnecidos de una especie de pelerina lisa de blonda negra, compuesta de cuatro ó cinco órdenes, ligeramente fruncida. La piel comienza en el pecho, y sigue todos los contornos del abrigo.

Aurora.

Explicacion del pliego de dibujos.

- Núm. 1. *Guarnicion* floreada, bordada al pasado.
- Núm. 2. *Tira* para cuello ó volantes de mangas: bordado al pasado y feston.
- Núm. 3. *Entredos*: bordado á la inglesa, con molinetes.
- Núm. 4. *Entredos*: bordado al pasado.
- Núm. 5. *Entredos*: correspondiente á la tira del núm 2.
- Núm. 6. *C. H.* bordado al pasado.